

VICTORIA

Pero usted debe ayudarle, recordando que en su niñez comió el pan de esta casa. ¿No le sobra á usted el dinero? ¿Pues de qué le sirve si no le proporciona el placer, el lujo de ser generoso?

CRUZ

Soy humilde. No gasto esos lujos... tan caros... En fin, señorita, ó Sor Victoria, si usted me lo permite, seguiré... (*Volviendo á mirar el plano, y tomando la pluma para hacer una cuenta.*)

VICTORIA

Ya que no pueda usted ser generoso, sea siquiera fino, y óigame...

CRUZ

Ya escucho.

VICTORIA

Traficante de la peor especie, si hoy quiere usted devorar los restos de la fortuna de mi padre, anteayer se dispuso á salvarle. Pero pedía por su servicio una cosa que no se le puede dar; pedía á mi hermana, y no se cotizan aquí, como si fueran pacas de algodón, las criaturas humanas.

CRUZ

Yo no propuse tal compra; fué que...

VICTORIA

Sé bien lo que pasó... Pero hay algo aquí que no entiendo; y usted me lo va á explicar, señor Pepet... (*Corrigiéndose.*) ¡Ah! dispéñseme: sin querer le he dado aquel nombre familiar.

CRUZ

Llámeme usted Pepet. Soy muy llanote. Me gusta verme tratado aquí con la mayor confianza.

VICTORIA

Pues Pepet, dígame: ¿por qué, siendo usted tan rico, y habiendo en el mundo tantas mujeres guapas y de mérito, se le ha metido en la cabeza que ha de ser mi hermana y nadie más que mi hermana la que...? ¿Como si Gabriela valiera más que otras! ¿Qué significa esa elección exclusiva? Tijeretas han de ser. «O no me caso, ó me caso con una Moncada.»

CRUZ

¿De veras no lo entiende? Usted parece lista, y á poco que se fije, comprenderá que los que nos elevamos rápidamente por nuestro propio esfuerzo, ó ayudados de una loca fortuna, gustamos de enlazar el pasado con el presente, y de emparejarnos con los que ya eran poderosos cuando nosotros éramos humildes. Poseer aque-

lo mismo que antes estuvo tan por encima de mí, ¡qué mayor gloria! Teníame yo por polvo miserable, cuando las niñas de Moncada me parecían estrellas, no menos bonitas que las que alumbran el cielo. Pues bien: de aquella miseria ha salido un hombre, que cree ya poder alargar su mano y coger lo que antes le parecía... algo así como las muñecas de los ángeles... Porque eso son ustedes... muñecas.

VICTORIA

Gracias.

CRUZ

Y yo, hombre rudo, endurecido en las luchas con la Naturaleza; yo que fui y quiero seguir siendo pueblo, deseo que el pueblo se confunda con el señorío, porque así se hacen las revoluciones... sin revolución... quiero decir...

VICTORIA

Ya, ya voy entendiendo.

CRUZ

Mi ambición no se colma, no se siente satisfecha y redondeada sino...

VICTORIA

Ya, ya... sino enlazándose con la familia misma que...

CRUZ

Que me vió tan chiquito, siendo ella tan grande.

VICTORIA

Y ahora el grande es usted, y nosotros... como despreciables gusanitos de la tierra... Bueno. (*Con viveza.*) Pues ahora, Pepet... dígame usted: (*Con misterio.*) ¿y si yo pudiera conseguir...?

CRUZ, *con vivo interés.*

¿Qué?

VICTORIA

Eso que usted tanto desea.

CRUZ, *levantándose lentamente.*

¡Cómo!... ¿qué dice?

VICTORIA

Si yo lograra vencer...

CRUZ

¿La terquedad de su hermana? (*Acercándose á Victoria, que se sienta en la silla baja.*)

VICTORIA

Si; ¿qué haría usted?

CRUZ

En ese caso, todo cambiaría... Don Juan y yo seríamos una misma persona, comercialmente hablando.

VICTORIA

Mi padre recobraría su crédito.

CRUZ

Sin duda.

VICTORIA

Y todo sería bienandanza... aquí donde todo es tristeza y desolación.

CRUZ, *agitado*.

¿Qué duda tiene?... ¿Pero de veras podrá usted...?

VICTORIA

No se entusiasme tan pronto. Considere que la víctima, esto es, mi hermana, se casaría con usted sin quererle... ¡Sacrificio inmenso!

CRUZ

El verdadero amor, el sólido y durable, nace del trato. Lo demás es invención de los poetas, de los músicos y demás gente holgazana.

VICTORIA

Un matrimonio de pura conveniencia, como un contrato de arrendamiento, debe de ser cosa muy triste... (*Levantándose agitada*.) El sacrificio será colosal, desproporcionado. (¡Jesús mío, ilumíname! ¿Voy contigo ó contra ti?)

CRUZ

¡Sacrificio! Eso no puede decirse sin probarlo.

VICTORIA

¡Pero qué prueba más espantosa!... En todo caso, si mi hermana cede, se le exigirán á usted garantías.

CRUZ

Las daré.

VICTORIA

Ya sé que no tiene usted más que una cualidad buena: el fiel cumplimiento de sus promesas, de sus obligaciones.

CRUZ

¿Esa sola? Ahondando, alguna más se encontrará.

VICTORIA, *inquieta*.

(Mi espíritu flaquea... siento alternativas de valor heroico y de horrible desfallecimiento.)

CRUZ

En fin, despachemos y sepa yo á qué atenerme. ¿Qué debo hacer?

VICTORIA

Nada; callar y esperar.

CRUZ

Pues callo y espero. ¿Aquí?

VICTORIA

Si. (*Mirando con inquietud hacia la izquierda.*)
(Temo que venga Gabriela.) No; dese usted una
vuelta por el parque, y vuelva dentro de un
rato.

CRUZ

¿Como media hora?

VICTORIA

Menos.

CRUZ, *despidiéndose.*

Pues...

VICTORIA

Pronto, pronto.

CRUZ

Ya, ya me voy. (*Vase por el fondo.*)

VICTORIA, *acechando por la izquierda.*

No, Gabriela no anda por aquí... Yo, al orato-
rio... (*Dirigese al fondo, y sube á prisa por la es-
calera que conduce al piso alto.*)

ESCENA XIII

HUGUET, *que entra cuando VICTORIA sale; después*
DOÑA EULALIA y LA MARQUESA.

HUGUET

Victoria... (*llamándola*) eh... que estoy aquí.
Va como una flecha. Es el demonio esta santita.

(*Buscando á Cruz.*) ¿Pues y Cruz? ¿dónde está?
Habrá pasado al despacho. (*Mira por la puerta*
del despacho.) Tampoco aquí... Bueno: ya pare-
cerán las personas... y los acontecimientos.

EULALIA, *entrando con la Marquesa, el libro de*
oraciones en la mano.

Huguet, ¿qué hay? ¿Dónde está Juan?

HUGUET

De paseo con Daniel.

EULALIA

¿Ocurre algo?

HUGUET, *con alegría espontánea.*

Ocurre... que ha retoñado la conspiración.
(*Reparando en la Marquesa.*) ¡Ah!... ¡qué indis-
cretó!

LA MARQUESA, *alarmada.*

¿Conspiración otra vez?

EULALIA, *contrariada vivamente.*

¿De veras?... ¿Pero cómo se atreven... sin con-
tar conmigo...? Apuesto á que esa loquilla de
Victoria... (*Huguet hace signos afirmativos, que no*
ve la Marquesa.) ¡Digo...! Y que no hará pocos
desatinos... Si estas teclas sólo yo sé pulsarlas.

LA MARQUESA

(Ya estoy en ascuas... ¡Pobre hijo mío!)

EULALIA, *á la Marquesa, con aflicción.*

¿Esperas á Jaime?

LA MARQUESA

Sí, no puede tardar. En cuanto acaba la consulta, le falta tiempo para correr al lado de su madre.

EULALIA, *con afectada lástima.*

¡Pobrecito!... ¡Infeliz muchacho!...

LA MARQUESA, *alarmada.*

¡Pero tú...!

EULALIA

¡Oh, no; yo no! Ni quiero intervenir en estas combinaciones de familia, impuestas ¡ay! por las aflictivas circunstancias que atravesamos.

LA MARQUESA, *confusa, á Huguet.*

¿Pero es cierto que...?

ESCENA XIV

Dichos. JAIME

JAIME

Ya estoy aquí. He venido en media hora. Mamá. (*Besándole las manos.*) Doña Eulalia...

EULALIA

Repito que no intervengo... No hay que culparme...

JAIME, *á su madre.*

¿Qué es esto?

HUGUET, *llevando aparte á doña Eulalia.*

Eulalia, por Dios, chitón. Podría frustrarse...

EULALIA

Mejor. Como cosa tramada á escondidas de mí, bonito ciempiés saldrá.

LA MARQUESA, *á Jaime, llevándole aparte.*

¡Hijo!...

JAIME

¿Qué, mamá?

LA MARQUESA

Aquella conspiración... ¿sabes?

JAIME, *muy inquieto.*

Sí... ¿qué? ¿Revive?... Doña Eulalia quizás...

LA MARQUESA

Eulalia no.

JAIME

¡Ah! Victoria. (*Durante el resto del diálogo, Huguet y doña Eulalia hablan retirados hac fondo.*)

LA MARQUESA

Que te quemas.

JAIME, *con súbita exaltación.*

Mamá, no puedo contenerme.

LA MARQUESA

Hijo mío, no te exaltes... Considera...

JAIME

No considero nada. Yo me vuelvo loco, mamá; yo haré cualquier barbaridad... Yo mato á alguien: á Cruz, á Huguet, á doña Eulalia.

LA MARQUESA

¡Por los clavos de Cristo!

JAIME

Pero no. La que mueve los hilos de esta intriga es la otra, la beata, esa romántica de la fe, esa histérica, visionaria, alumna de Lucifer, disfrazada con el nimbo de los ángeles.

LA MARQUESA

... Por Dios, no desvaríes... Juan viene.

ESCENA XV

Dichos. MONCADA, DANIEL, *dándole el brazo.*

MONCADA

Gracias, Daniel, por la grata compañía y este ratito de esparcimiento.

EULALIA

Tenemos que hablarte.

MONCADA

¿Tú?... Ya tiemblo.

HUGUET, *aparte á Eulalia.*

Es prematuro...

MONCADA, *aburrido.*

Ea, no quiero saber nada; ni lo malo ni lo bueno. Me declaro incapaz de toda emoción. (*Con desaliento.*) Deseo estar solo... solo... (*Dirigese á su despacho, como queriendo huir de todos.*)

HUGUET

No, pues yo no le dejo: (*Vase tras Moncada.*)

EULALIA

Ni yo... ¡Pobre hombre! Sin mi compañía, sin mis consuelos, sin este bálsamo que mi piedad derrama en las heridas de su alma, ¡qué sería de él! (*Vase por la derecha.*)

ESCENA XVI

LA MARQUESA, JAIME, DANIEL

LA MARQUESA, *afigida.*

¡Ya ves el caso que nos hacen!

JAIME, *en alta voz, airado.*

¡Ya veo, sí... Esto no puede ser!

DANIEL, *amonestándole.*

Cuidado... silencio... ¿Qué desentono es ese?

JAIME

Cállate... déjanos. Tu flamante misticismo no te permite entender de estos conflictos del corazón, de estas borrascas del amor propio; de nada en que palpita un sentimiento vivo y humano.

DANIEL

Simple; no sabes lo que dices.

LA MARQUESA, *muy apurada.*

Hijo, no alborotes...

JAIME

Quiero alborotar, quiero que me oigan; y si veo á esa monja sin seso, entrometida y revoltosa...

DANIEL, *con ligera irritación.*

Calla, te digo... No ultrajes á esa criatura sublime.

JAIME, *burlándose.*

¡Sublime!

DANIEL, *con desdén.*

No quiero, ni debo hacer caso de ti.

LA MARQUESA

Calma, calma. Quizás nos engañemos... ¡Ah! ¿no sería lo mejor hablar con Gabriela?...

JAIME

Pues es claro... Que nos saque de esta horrible incertidumbre...

LA MARQUESA

Justo. Sepamos...

JAIME

Pronto, sí. (*Impaciente.*) Debe de estar en el cuarto de la chiquillería.

LA MARQUESA

No, no; está en el de la plancha.

JAIME

Pues allá.

LA MARQUESA

Vamos. (*Vanse por la izquierda.*)

ESCENA XVII

DANIEL; *poco después* VICTORIA.

DANIEL

Loco está ese infeliz... ¡Y mi madre se deja contagiar de su demencia! Si algo anómalo pasa aquí, procuraré apartarme de toda intervención

activa. ¡Cuánto desdén me inspiran estos afanes pueriles, este bullir y pelearse... por nada, por el reparto de la miseria humana!... ¡Cuán rico es el que dice: «no quiero nada, no poseo nada, no sé lo que es tener!» (*Dirigese al foro, en el momento en que baja Victoria; la ve y se detiene, apartándose.*)

VICTORIA, *que avanza en actitud de arrebató ó transporte místico, cruzadas las manos, mirando al cielo.*

Firme ya en mi resolución... Segura ya de que de Dios me ha venido esta idea... (*Con ardiente entusiasmo.*) Siento en mí un valor heroico, y nada temo: ni á Satanás con sus malicias traidoras, ni al mundo con sus sátiras acerbas.

DANIEL

(Ninguna emoción me causa ya su presencia. Curado estoy á fe.) (*Da un paso hacia ella.*)

VICTORIA

Daniel. (*Asustada.*) ¡En qué momento! (*Se aleja.*)

DANIEL

¿Por qué huyes de mí? Ya no puede haber peligro en que nos veamos, en que hablemos. Del afecto humano que un día nos unió, sólo cenizas quedan ya. La parte tuya supiste sofocarla con una santa resolución; la mía... más rebelde

sin duda, ha sido ahogada por mí á fuerza de tiempo y de violentísima presión sobre mi propia alma... Te abominé cuando me abandonaste... Ahora te bendigo, porque me has enseñado la verdad, la única verdad accesible á nuestra miseria.

VICTORIA

¿De modo que...? ¿Luego es cierto que también tú...? De todo corazón te felicito, Daniel, por tus nuevas ideas.

DANIEL, *con frase reposada y dulce en toda la escena.*

Y yo te doy gracias por tu ejemplo. Por ti he adquirido la difícil ciencia de transformar los sufrimientos en goces, la muerte en vida, la desesperación en esperanza, la soledad en compañía dulcísima.

VICTORIA

Daniel, ¡qué hermosa idea!

DANIEL

Aunque mi exterior es el mismo todavía, he cambiado radicalmente. Pronto mis apariencias variarán también. Conviene que parezcamos lo que somos. Sé que el mundo me encuentra ridículo, y que mi familia me censura. Nuevos motivos de mortificación, que acepto con placer.

VICTORIA

Todo eso lo he pasado yo. Lo conozco bien.

DANIEL

Tu ejemplo me guía. En mi camino veo una luz, que eres tú.

VICTORIA

¿Yo?

DANIEL

Tú, sí, que vas delante.

VICTORIA

Tal vez no.

DANIEL

¿Por qué?

VICTORIA

Porque yo quizás tome por una senda más áspera, mucho más angosta... y erizada de horrosos peligros.

DANIEL

No te entiendo.

VICTORIA

Ni es fácil por ahora. Muy pronto, Daniel, has de juzgarme con severidad.

DANIEL

¿Yo? imposible.

VICTORIA

Porque no me comprenderás. En fin, no hablemos de eso; déjame. Tú entras en una vida serena, y has pasado lo peor. Yo empiezo ahora, y mis luchas serán horribles, mis padecimientos extremados, mi martirio tan grande, que ni tú, con toda tu piedad, puedes sentirlo y comprenderlo.

DANIEL

¿Martirio has dicho...?

VICTORIA

Sí, y pruebas extraordinarias, de las que no sé si saldré victoriosa.

DANIEL

¿No te cegará el entusiasmo, el ardor mismo de tu fe?

VICTORIA

Debo decirte que mi fe es un tanto ambiciosa, que aspiro á mucho; que pretendo llegar á los linderos de lo imposible, y aun traspasarlos. No sé si te reirás de mí.

DANIEL

¡Reirme... nunca!

VICTORIA

Aspiro á que Dios, por mi mediación, realice algún estupendo prodigio... convirtiéndome

bestias en seres humanos, los corazones de piedra en... (*Turbada.*) Pero no sé explicarme... y por mucho que te dijera, no me entenderías.

DANIEL, *con entusiasmo.*

Cuanto tú hagas y pienses divino tiene que ser.

VICTORIA

No te pareceré muy divina cuando...

DANIEL

¿Cuándo qué?

VICTORIA

Cuando sepas... Pero tú, que tantas cosas has de aprender en tu comunicación diaria y ferviente con Dios, aprenderás quizás á entenderme; y si al principio quizás digas, como otros: «esa mujer está loca», luego dirás... qué sé yo... dirás... algo que me sea más favorable.

DANIEL

Yo diré siempre... (*Con ardiente curiosidad.*)
¿Pero explicame...?

VICTORIA

Es muy difícil de explicar. Vete, y no vuelvas hoy á esta casa... Y para concluir: puesto que tu determinación de ser religioso es sincera

y firme, ocasión tendrás de pedir á Dios que me dé fuerzas para... (*Conmovida.*)

DANIEL, *perplejo, sin entender nada.*

¿Para qué?

VICTORIA

Oye... mira... (*Se quita el rosario que lleva al cinto.*)

DANIEL

La insignia de tu congregación.

VICTORIA

Si. (*Después de una pausa.*) Tómalo... quiero que sea para ti.

DANIEL, *sin decidirse á tomarlo.*

¿Para mí!

VICTORIA

De cuantas personas conozco, tú eres la única que debe llevarlo, después de haberlo llevado yo. Con él rezarás por mí.

DANIEL, *besando la cruz.*

Por esta cruz, te juro...

VICTORIA, *vivamente.*

No jures nada, y vete.

DANIEL

¿Que esta imagen de Jesús crucificado (*mos-*

trando el crucifijo) me transmita tu espíritu sublime y el fuego de tu fe! (*Lo besa otra vez.*)

VICTORIA

Adiós... adiós. (*Vase Daniel por el fondo; se encuentra con Cruz, que entra. Se miran los dos un instante, sorprendidos, sin decir nada.*)

ESCENA XVIII

VICTORIA, CRUZ

CRUZ

(*Hola...* Uno de los señoritos de carrera. Este es el beato, el que no encuentra en el cielo una estrella bastante alta para ahorcarse de ella. ¡Peste de misticismo! De buena gana le cogía, y ¡zás! al tejado como una pelota.) Aquí estoy. ¿He tardado?

VICTORIA

(*¡Ay, Dios mío! pareceme que al verle se me disipa el valor, dejándome el corazón vacío y helado...* ¡Qué hombre, qué fiera, qué fealdad en el alma y qué antipatía en la persona!)

CRUZ

¿Tiene usted algo que decirme?

VICTORIA

Que el sacrificio de la señorita de Moncada es

horrible, porque abandona el amor de toda su vida por unirse á un hombre extravagante, brutal y repulsivo. Por esto, la esclava, antes de venderse, debe regatear su precio. Necesitamos fijar ciertas estipulaciones.

CRUZ

Muy bien. Estipulemos. (*Siéntase Victoria en la silla baja, en el centro de la escena. Cruz en pie.*)

VICTORIA

Vamos por partes. ¿Se compromete el señor Pepet á restaurar la casa y crédito de Moncada en las condiciones propuestas de su puño y letra en este papelito? (*Le da la carta que recibió de Huguet.*)

CRUZ

¿Á ver? Eso y mucho más haré. (*Devolviendo la carta.*) Mi palabra vale tanto como el Evangelio.

VICTORIA

No profane usted el Evangelio comparándolo con su palabra.

CRUZ

Si mi palabra es sagrada, y por tal la tienen cuantos me conocen, ¿qué mal hay en que yo lo diga?

VICTORIA

Adelante. Usted no tiene religión, ¿verdad?

CRUZ

Como no soy hipócrita, ni sé mentir, declaro que, en efecto, lo que ustedes llaman fe, no existe en mí.

VICTORIA

Ya me lo dirá usted luego... Pues bien: la que va á ser su esclava le pone por condición imprescindible que ha de cumplir los preceptos elementales de la única religión verdadera. Ya ve usted: sólo se le pide por ahora lo externo, lo que más que tributo á Dios, es exigencia del decoro social.

CRUZ, *alzando los hombros.*

Bueno... concedido... Me comprometo á eso de las prácticas.

VICTORIA

A su tiempo vendrá lo demás. Ha de prometer también acoger y criar y educar decorosamente á mis seis sobrinitos.

CRUZ

¿Los huérfanos de Rafael? Concedido.

VICTORIA

Bien... Y por último, señor Pepet... Se estipu-

la formar y solemnemente que si surgiere entre su mujer y usted, por cualquier motivo, una desavenencia grave, la esposa se retirará de la casa matrimonial, y volverá al lado de su padre, sin que usted oponga resistencia.

CRUZ

Eso ya es más delicado... Pero no hay inconveniente en fijar esa condición... ¿Qué me importa, si tengo la seguridad de que, suceda lo que quiera, mi mujer no ha de separarse de mí?...

VICTORIA

¿Por qué?

CRUZ

Porque mi mujer no se hallará sin mí.

VICTORIA

¿Usted qué sabe?

CRUZ

Lo sé.

VICTORIA

(¡Cuán necio orgullo en su barbarie!) (*A media voz, con acento de plegaria.*) Dios de mi vida, tú que conoces la nobleza de mi intento, aleja de mí hasta la menor sombra de egoísmo; consérvame animosa, temeraria, insensible al dolor y al peligro; aviva en mi corazón el fuego de la caridad, en mi mente las ideas elevadas y

generosas. Sean para los demás los bienes que de esto puedan resultar; para mí sola todas las amarguras. (*Alto.*) Bueno, Pepet, pues fijadas las estipulaciones... (*Temerosa de explicarse.*) ¡Ay de mí, ahora falta lo peor! ¿Cómo le digo...? Es tan torpe, que no lo ha comprendido).

CRUZ

¿Qué?

VICTORIA

Pues ahora... falta... (*Turbada.*) falta...

CRUZ

Falta que la misma Gabriela me diga...

VICTORIA

¡Ah! sí, lo dirá. (*Con una idea feliz.*) ¡Ah!... Pues yo... al arreglar esto, he tenido en cuenta muchas cosas. Dando á usted la señorita de Moncada, satisfago y colmo su ambición. Por un lado llevo la felicidad, por otro la desgracia... Al pobre Jaime le quito su novia... Ya ve usted... ¡tan buen chico!...

CRUZ

Que busque otra... Para lo que él vale...

VICTORIA

No diga usted desatinos. Pues he pensado, á cambio de la esposa que le quito, ofrecerle otra.

CRUZ

¡Otra!

VICTORIA

Sí... ¿No lo entiende? Pienso proponerle... (*Con dificultad de expresión, como no encontrando la frase apropiada.*) Proponerle... ¿lo digo? vamos... que abandonaré la vida religiosa, volveré al siglo...

CRUZ

¿Para casarse con él?...

VICTORIA

Justo.

CRUZ

¡Qué lástima! (*Con viveza.*) ¡Usted volver al mundo, quitarse esa librea... y casarse con ese...!

VICTORIA

Lo haré, si, por amor de mi padre.

CRUZ, *confuso.*

(¿Qué mujer es esta? ¿Se burla de mí?)

VICTORIA, *con secreto terror.*

(¡Qué angustia siento! No me entiende... Tendré que decirselo claro... Y si... (*Atormentada por una sospecha.*) No quiero pensarlo. La vergüenza abrasa mi rostro... Si se lo digo, y después de este horrible ofrecimiento, me recha-

za... ¡si no le gusto...! Virgen santa, Madre amantísima, dame valor... y en este trance decisivo de mi sacrificio, no permitas que la fiera me desprecie.)

CRUZ

(¿Qué misterio encubren las palabras, la actitud de esta mujer?)

VICTORIA, *con gran esfuerzo interior y ahogando la vergüenza y el miedo.*

(Hay que llegar al fin... ¡Jesús mío, por amor de ti y de mi padre!) (*Quitase la toca, y aparece la cabeza desnuda. El cabello desceñido le cae hasta los hombros.*)

CRUZ

Se quita la toca... (*Deslumbrado.*) ¡Ah!

VICTORIA, *violentándose para aparecer en completa calma.*

Dígame, Pepet, ¿cree usted que si propongo á Jaime que me tome á mí por mi hermana... aceptará?

CRUZ, *turbado.*

¡Oh! Yo creo... (*Con viveza.*) Sí, sí. En su lugar yo no vacilaría... Pero lo más derecho, y así no habrá ningún agravio, es que si usted vuelve al mundo, se case conmigo.

VICTORIA

Si, bárbaro. La que se te ofrece en esclavitud para aplacarte, no es mi pobre hermana; soy yo. (*El llanto la ahoga, y sin moverse de la silla baja, oculta el rostro entre las manos, sollozando.*)

CRUZ, *fascinado.*

¡Victoria! ¿Y es verdad? ¿Es cierto que...? Repítalo. Me parece mentira.

ESCENA XIX

Dichos. MONCADA, EULALIA, HUGUET, *por la derecha;* GABRIELA, LA MARQUESA, JAIME, *por la izquierda.*

CRUZ

Repítalo usted para que se enteren. No lo creerán si lo digo yo.

MONCADA

¿Qué?

CRUZ

Que la loca de la casa vuelve á la razón, y se casa con Pepet. (*Estupefacción en todos.*)